



ROBERTO KAPUT
GONZÁLEZ SANTOS

Ficciones de la guerra sucia

CONVERSACIÓN CON CORAL AGUIRRE

DON QUIJOTE / ACRÍLICO SOBRE PAPEL / DUOTONO

LA COYOTA

De todo aquello sólo retengo imágenes, girones, me dice Coral un sábado por la tarde. Fueron días feroces, agrega mientras enciende un cigarrillo. Frunce el ceño y se echa hacia adelante, los codos en las rodillas, la cabeza gacha. Luego me mira de lado como evocando los días más oscuros de su vida, los que la marcaron a fuego, los de su desaparición en Bahía Blanca. Vista así me recuerda a Talita, la coyota de recuerdos en *El resplandor de la*

memoria, o Chayito, la adolescente que se niega a olvidar al hermano desaparecido en *Los últimos rostros*. Estamos en la sala de su casa. Anochece y Bertha no llega. ¿Dónde estará? Bertha es una estudiante de sociología a la que adoptó tras la muerte de Dardo, su compañero. No es la única. La pasta se cuece a fuego lento en la cocina. Esperamos a los amigos. ¿Has escuchado algo de Lucía? Trabaja con la gente de Ayotzinapa. Linda piba, me dice. Tu desaparición,

Coral. Es tarde de memoria. La gente no llega y a Coral no le queda más remedio que cerrar nuestra charla con sus recuerdos.

SÍ, SON ELLOS

Llegan a mitad de la noche, a las dos o tres de la mañana. Había un policía de uniforme y después todos los demás de civil. Entran al departamento de Chiche. Nos piden las credenciales y yo oigo, esto posiblemente me lo invento: sí, son ellos. Nos meten en el ascensor. Cuando bajamos vemos soldados con ametralladoras rodeando el edificio. Una cosa espantosa. Un oficial del ejército me mira con pena y me dice bueno, esperemos que no sea nada. Porque recién regresábamos de la orquesta sinfónica y todos estábamos vestidos de lujo. Entonces nos llevan a una comisaría. Ahí nos tienen casi veinticuatro horas. A los cinco: Néstor, Sam, Dardo, Chiche y yo. Al amanecer yo me asomo por la ventana y veo que sacan a Chiche esposado. Chiche cruza la mirada conmigo y nos despedimos. Pensé éste va al matadero. Y él pensaría lo mismo. Nosotros todavía teníamos cierta ventaja. Vaya palabra. Ventaja. Al mediodía nos traen no sé qué cosa ahí para comer algo. Yo vomité como loca toda la tarde, Kaput. Después nos sacan. Me acuerdo que un perro policía nos siguió. Eso delataba la presencia del ejército entre nosotros. Son famosos los perros del ejército. Nos suben a una camioneta a los cuatro y nos llevan a la cárcel de Villa Floresta. Pero en condición de desaparecidos porque nadie sabía dónde estábamos. Me separan. Me miro con Dardo porque no sabía si volveríamos a vernos. A ellos los llevan al pabellón y a mí a una celda especial para guerrilleros, en la población de mujeres. Allí me desnudan, me revisan y todas esas porquerías que hacen. En casa, al ver que no llegábamos, mis padres se van al departamento de Chiche. Encuentran nuestros autos, quieren entrar, no los dejan. El edificio está acordonado. Alguien les dice que habían encontrado propaganda guerrillera en el departamento. Mi madre como loca empieza a buscarnos. Mi padre sufre un infarto. En casa había una mujer de servicio. Le dice a mamá: Yo tengo una prima que trabaja en Villa Floresta, ¿quiere que averigüemos? La prima resulta ser una de las carceleras. Da el pitazo de que estamos a disposición de las autoridades militares, en stand-by digamos. Adentro por supuesto no sabemos nada. La noticia del habeas corpus tarda en llegar. Yo pensaba

"LOS ÚLTIMOS ROSTROS SURGE DEL ESTUPOR QUE ME PRODUJO DESCUBRIR QUE EN MONTERREY HUBO UNA GUERRA SUCIA." CORAL AGUIRRE

que me iban a llevar a un campo de concentración. Lógico, éramos militantes. 1978. El 24 de diciembre, al filo de la Noche Buena, abren la puerta y hay dos presas. Una de ellas tiene una bebida en brazos. Y la carcelera dice: Saben que está sola, saben que está mal. Las presas me pidieron que le traiga a la niña para que la tenga un rato en brazos, porque usted necesita calor humano. Esa es como la primera

luz, la primera cosa humana que me sucede en todo ese horror que yo no entendía. La memoria me ha ayudado a entender, juntando fragmentos de historias, como siempre.

MEMORIA

ROBERTO KAPUT (RK): Los últimos rostros y *El resplandor de la memoria* forman parte del mismo proyecto narrativo. ¿Qué une a estas dos novelas?

CORAL AGUIRRE (CA): Digámoslo pronto: lo que las une es mi condición de argentina. Yo necesito escribir sobre materiales que forman parte de la vida de América Latina. Y así como he encontrado grandes diferencias entre México y Argentina, también he encontrado semejanzas. *Los últimos rostros surge del estupor que me produjo descubrir que en Monterrey hubo una guerra sucia.* Ahí descubro elementos de juicio que indican ciertas coincidencias con mi pasado argentino: la existencia de una guerrilla, la represión feroz de tales y cuales actores... Lo que no preveía era que mi personaje principal, Andrés, estaba considerado como un traidor dentro de las filas de la guerrilla. Eso me provoca una fuerte conmoción, porque yo trato a Andrés como un héroe, un héroe reflejado en los ojos de la niña. Y resulta que ese héroe es un traidor que aparentemente trabajaba para los servicios de inteligencia del país. Entonces ya no puedo salirme del tema. *El resplandor de la memoria* abunda y aborda los mismos elementos, pero esta vez ejerciendo una crítica de esta memoria porosa, contradictoria alrededor de lo que pasó en Monterrey. Porque entre el término de *Los últimos rostros* y *El resplandor de la memoria* participé en un proyecto de investigación alrededor de la guerra sucia aquí, en la ciudad. Y la información muchas veces era contradictoria.

RK: En *Los últimos rostros*, entonces, trabajas con las coincidencias México-Argentina; mientras que en *El resplandor de la memoria*, por el contrario, te ocupas de las divergencias. Siempre tomando como eje la guerra sucia...

CA: Es que en el caso de Monterrey la memoria es mucho más porosa. Mirá, trabajé con seis guerrilleros. Uno viene y me cuenta: “Yo trabajaba para la guerrilla como infiltrado del ejército”. Y ese mismo está considerado por la guerrilla como infiltrado del ejército en la guerrilla. ¡Es extrañísimo! Ellos se ríen mucho de todos estos inconvenientes. Todo eso me lleva a no tener muy claro el panorama. Por lo tanto trabajo desde la desmemoria... No, no puedo decir desmemoria. Mejor desde esa memoria trunca, de esa memoria porosa. Cosas muy chuscas que me hacen pensar en una gesta que no ha sido tratada, que no ha sido analizada, que no ha sido cuestionada por los mismos protagonistas.

RK: Por lo que me cuentas, ambas novelas se desprenden de un trabajo de campo.

CA: Sí. Con *Los últimos rostros* el trabajo de campo que hago es mínimo. Una compañera nacida acá me dice: “Tengo un hermano desaparecido”. Con eso me largo todo el libro. Tengo un hermano desaparecido. ¿Entendés? Ver reflejado en Monterrey ese flagelo que yo había vivido en carne propia, allá, en Argentina, verlo en la ciudad que habito, sin darme cuenta de que estas cosas hubieran pasado acá, eso me basta para la novela. Pero entre el término de *Los últimos rostros* y *El resplandor de la memoria* hay un lapso en donde José Luis Martínez Canizález, María Belmonte, Cuitláhuac Quiroga, Javier Garza, Jesús Rodríguez, otra gente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL y yo echamos a andar un proyecto llamado *Memoria*. La memoria de la guerra sucia en Monterrey, por supuesto. Hicimos una lista de todos los guerrilleros que pudieran estar todavía acá. Una lista larguísima. Y cada uno decidió contactar y entrevistar a los que estuvieran dispuestos a hablar. Yo me uní con la compañera que te cuento, que los conoce a todos, precisamente por su hermano desaparecido. Y empezamos a hacer las entrevistas. Entonces entrevisté por ejemplo a uno del comando que secuestró el avión. Me contó las muchas contingencias que encararon: me explicó las razones por las que no

se fueron a Chile y finalmente se fueron a Cuba, el porqué no levantaron a los últimos presos que estaban saliendo de una cárcel de acá. La distracción de poner a los tipos que iban en el avión en calzones, por ejemplo, era para ganar tiempo, para ver si llegaban los compañeros presos. Y no hay tiempo. Tienen que despegar. Y eso produce un cisma al interior de los grupos de izquierda. Se vive como otra traición. Por eso también el acento de la traición. Porque toda la experiencia guerrillera acá está como sesgada por contingencias que aparecen como traiciones.

“CUANDO ECHAMOS A ANDAR EL PROYECTO MEMORIA LA NEGACIÓN A HABLAR ERA TERRIBLE...” C.A.

RK: ¿Te parece que uno de los problemas del rescate de la memoria, acá, pasa por esas contingencias que se leen como traiciones? No sólo se sospecha de los otros, se sospecha de los propios compañeros.

CA: Absolutamente. Cuando echamos a andar el proyecto *Memoria* la negación a hablar era terrible... Te puedo contar una anécdota que tuve con uno que tenía un quiosco. Alguien me había dicho poco antes que este hombre era un guerrillero importante. Y yo me largué sola. El tipo se puso histérico, me dijo que no sabía nada, que no quería saber nada. Y prácticamente me echó del quiosco. Es el miedo de que yo no sea yo, de que lo que se va a inquirir no sea producto de una verdadera investigación solidaria, sino el resultado de vaya a saber qué cosas. Todo el mundo sospecha de todo el mundo.

RK: Perteneces a la generación del 68, a la generación de la guerra sucia en América Latina. Si en algo han insistido es en el rescate de la memoria. ¿Por qué esta asignatura es tan importante para ustedes?

CA: Porque la desmemoria había sido muy grande. En primera instancia esta es una autocrítica feroz. Habíamos sido tan europeos, tan centrados en lo que pasaba en otras partes, tan ajenos al mundo que nos rodeaba que cuando nos hicimos cargo de lo que pasaba en nuestro continente era imprescindible

“A MÍ LO QUE ME PREOCUPA ES LA CONCIENCIA HISTÓRICA. ESTA NEGACIÓN A COMENTAR, A ADVERTIR COSAS, A LEER NO LO QUE ESTÁ EN LA SUPERFICIE SINO LO QUE ESTÁ DETRÁS DE LA SUPERFICIE.” C. A.

dar vuelta de todo. Creo que eso no lo perdemos nunca más. Es también un proceso orgánico. Yo me acuerdo que al otro día de que termina el terrorismo de Estado en Argentina se empieza a trabajar con los Derechos Humanos. Todo el mundo fue a sacar la cartilla de los Derechos Humanos para aprendérselos de memoria. Fue tan feroz el horror vivido que ya no podíamos ser inocentes. Teníamos que saberlo todo. La recuperación de los Derechos Humanos fue importantísima. Inmediatamente se empieza a trabajar en terapias colectivas, las asociaciones de psicoanalistas hacían trabajo comunitario en zonas donde había familiares de desaparecidos. Yo participé en esos procesos. La premisa del “Nunca más” es el emergente. Nunca más, que no suceda nunca más. ¿Cómo no va a suceder nunca más? Mientras tengamos memoria.

RK: Entonces la memoria, para ti, para tu generación, es sobre todo autocrítica...

CA: Sí. De mí, de mi generación, de mi entorno, de los hechos que yo he presenciado o que están detrás de mí. Por supuesto.

RK: Es decir, no es llenar un olvido oficial, o no sólo eso. Es autocriticarse...

CA: Exacto. Decir nunca más. Esto no nos puede volver a pasar. No podés tener ese hijo de puta que te dirija. Tenés que saber. Tenés que tener conciencia. Y eso define toda una vida. Hay que tener memoria, hay que tener responsabilidad ética. Acordate que somos hijos del existencialismo. Esa es otra cosa. Y no del existencialismo de Camus sino del existencialismo de Sartre. La responsabilidad ética. Que después, lógico, se modificó. Pero eso nos quedó para toda la vida. Eso implica autocrítica... Yo te diría que la memoria tiene que incluir eso que la historia no incluye...

RK: Autocrítica...

CA: Crítica y autocrítica. Sin duda.

POSMEMORIA

RK: Planeas cerrar este ciclo narrativo con *Una patria aparte*. Si en *Los últimos rostros* abordas las semejanzas Argentina-México (el descubrimiento de la guerra sucia) y en *El resplandor de la memoria* las diferencias (las dificultades del rescate de la memoria en Monterrey), ¿qué planes tienes para esta tercera entrega?

CA: Me parece que en la tercera me voy al destierro, a la extranjería, la trashumancia, a una América Latina sesgada por todas estas cuestiones donde nosotros somos parte como víctimas y como cómplices. En la tercera quiero rever la herencia, lo que nos viene de atrás. De momento escribo cualquier cosa, escribo una cosa muy real y de pronto escribo una cosa como la piel de la madre. Sé que la primera parte es eso: el recuerdo de la piel de la madre. La hija antropóloga que anda por el mundo buscando a su madre desaparecida. Tengo la sensación de que voy a residir más en la subjetividad que en la historia. No sé. El proyecto está todavía en agua de borrajas.

RK: Esta parece ser una constante de tu obra, al menos de la trilogía que nos ocupa: el traspaso de la memoria de tu generación a las nuevas generaciones. Como si esa memoria generacional, privada, luchara por transformarse en memoria colectiva, memoria pública...

CA: Presente...

RK: Presente... Y allí los jóvenes juegan un papel importante.

CA: En mis obras tiene que haber jóvenes. Tiene que haber un grupo como el de Lucía que trabaja con la gente de Ayotzinapa. Tiene que haber una Lucía. Tiene que haber esa gente. Pero también tienen que estar los otros. No necesariamente todos tienen que ser Lucía. Porque además los veo todos los días. No saben nada de nada. No tienen idea de nada. Y sin embargo son rescatables. Tienen la posibilidad de desarrollar conciencia histórica. A mí lo que me preocupa es la conciencia histórica. Esta negación a

comentar, a advertir cosas, a leer no lo que está en la superficie sino lo que está detrás de la superficie. Eso es lo que hago todo el tiempo con Bertha.

RK: En *El resplandor de la memoria* los personajes que pertenecen a la guerrilla ayudan a los jóvenes a encontrarse. Pero al mismo tiempo los jóvenes permiten que esa generación de fantasmas, digamos, habiten un espacio. El espacio de la memoria. Me parece que es un camino de ida y vuelta.

CA: Necesitamos de ellos para realmente ser. Hay una condición del adulto muy feroz que es la del juicio sobre los jóvenes. A mí me parece que los jóvenes son el resultado de nosotros mismos. Yo no creo que los chicos de hoy en día no recuerden nada porque sí. O no tengan idea de nada porque sí. Yo creo que los adultos ponemos en los jóvenes la responsabilidad de ser, de existir como presente activo. Hablamos de ética, de éxito, de felicidad sin advertir que no los hemos provisto de nada para serlo. Yo no soporto cuando los adultos dicen que a las generaciones actuales no les importa nada. A mí me parece horroroso cuando un adulto dice esto, porque está hablando de sí mismo, no de los chicos.

RK: Y esa distancia, en tus libros, se cierra en el acto mismo de narrar, de ellos narrándose. Es decir, se necesita el diálogo entre dos generaciones, se necesita hilvanar las coincidencias del presente y del pasado, para que esta relación cuaje...

CA: Para que tenga sentido, para que sea productiva en términos memoriosos, afectivos, orgánicos, conscientes. A mí me aburren los adultos. Los adultos están armados para siempre, ya se la saben todas. El joven no, el joven es muy interrogante. Asistir a esas interrogantes, meterte con esas interrogantes, es muy revelador, muy conmovedor.

RK: Te preguntaba acerca del diálogo entre generaciones porque en *El resplandor de la memoria* hablas de coyotaje. ¿Con qué trafica Coral Aguirre?

CA: En mis novelas yo llevo y traigo impresiones, referencias, acuerdos, litigios de antes que los hago presentes, huellas que también te pertenecen a ti, que te las estoy dando de alguna manera, impresiones. No sé. Memoria. La marca de lo que todavía no tenemos, de lo que todavía no hemos conseguido. Otra vez de nosotros. De lo que nosotros como gente, como comunidad, como grupo, como pueblo, debiéramos



acabar de fundar. Es como llevar y traer siempre la misma pregunta o la misma definición, a propósito de lo que nos falta, de lo que no tenemos, de lo que hemos perdido, de lo que tenemos que hallar, de lo que tenemos que atrapar, que es la parte ética y la parte que responde a un nosotros.

LA LECCIÓN MUSICAL DE RÍO DE LA PLATA

RK: Siempre que hablo de estos temas contigo recuerdo una de nuestras primeras conversaciones en casa de Melina. En ella definías tu función en los grupos de teatro de Bahía Blanca. “La parte política eran mis compañeros”, decías, “era Dardo, eran los peronistas, y la parte estética era yo. De ahí su importancia.” En tus novelas jamás descuidas el aspecto estético. Y aquí conectas, me parece, con una tradición muy concreta, la de Río de la Plata, en la que el narrador o los narradores, como señala Piglia, nunca saben todo.

CA: Yo creo que ahí está filtrado mi propio ser en el mundo. Yo siempre tuve una gran lucha con la política en términos de normativa, en términos de lo que debe ser y lo que no debe ser, de lo que es correcto e incorrecto. Entonces yo creo que ahí está la estructura estética por excelencia. Yo tengo una

estructura mental musical. En mis libros vos podés descubrir dónde está el *allegro* y dónde está el *andante*. No es que yo me lo proponga. Estéticamente yo tengo una visión del mundo contradictorio, porque a mí la música me enseñó que el contraste es lo que opera. Eso, llevado al campo de las ideas, no me permite imaginar que haya un personaje que lo sepa todo. Eso está implícito en toda la literatura de Río de la Plata. Somos sobrios,

económicos, quedamos ahí al borde de lo que no se puede determinar como absolutamente así. Eso se ve en el cine, en la literatura, en todo lo que hacemos: estar en la cuerda floja, en un punto en el que no puedes definir. Nosotros aprendimos eso muy rápido:

la cosa sigue, el mundo no está concluido, por lo tanto el personaje no se las sabe todas ni el narrador puede decidir todo. No hay absolutos. Lo que a mí me llega como orden del universo es el contraste, ya te digo. Y en ese contraste hay interrogantes, puntos suspensivos, todo eso que no tiene final.

RK: En ese sentido, la política y la estética también quedan en conflicto...

CA: Y che, qué querés. ◆